

el momento se metieron á dicha pieza, y los siguieron algunos concurrentes picados de la araña, y á poco D.<sup>a</sup> Eufrosina fué tambien diciendo que iba á ver si sacaba los costos de la diversion. Lo que debia temerse de que jugara una señora que no entendia mucho de eso, y que se iba á poner con los maestros de Virjan como tahures y fulleros de profesion, me hizo seguirla y aconsejarla no hiciera tal disparate; mas nada fué bastante á contenerla, y fué el resultado que aturdida con las primeras pérdidas se cegó, y poniendo paradas de consideracion, ántes de hora y media, no le quedó ni medio, ni mas recurso para pagar á los músicos, que empuñar al dia siguiente alguna ropa, porque hasta las alhajitas habian ganado ó robado ya los pícaros del manojito, que todos hacian pala á su compañero el monterero, cometiendo cuantas faltas y groserías les eran peculiares, negando á D.<sup>a</sup> Eufrosina algunos pedidos que hacia para seguir jugando, y contestándole que solo prestaban sobre Pomposita.

Esto desazonó enteramente á Madre é hija, y los concurrentes que lo advertian se fueron saliendo, así como los señores

del manojito, que á mas de su mala ganancia se llevaban ya algunas servilletas y pañuelos en la bolsa, segun lo tenian de costumbre; y yo que ví en mi relox que ya eran las once largas, afligido porque me habia distraido tanto, y porque se habria incomodado justamente mi tutor, me despedí y fuí con violencia á casa, donde solo me aguardaba el portero para abrir el zahuan, que cerrado á mi satisfaccion, me fuí á acostar, y dormí hasta las nueve del siguiente dia, por no estar acostumbrado á desvelarme.

## CAPITULO XI.

*Noticia de donde está D. Dionisio, y su nueva fortuna, su llegada á Méjico, nueva conducta que entabló. Por su muger é hija cae en una cama, y muere. Ingratísimo modo de obrar de Eufrosina en ese lance.*

Como me levanté tarde, ni pude ni tuve ocasion de decir nada, hasta el medio dia en la mesa á que casualmente asistieron ese dia Pudenciana y su marido, é impuestos todos de cuanto desórden habia visto en casa de D.<sup>a</sup> Eufrosina el dia anterior, se lamentaron de las desgracias que

eran consiguientes á esa conducta, y mi tutor tomando oportunamente la palabra, dijo: Toda la conducta de esas miserables me parte el alma, y mas porque veo que no tiene remedio; pero ya que me dan ocasion, diré á VV. lo que he observado muchas veces con respecto á la odiosa y criminal pasion del juego. A instancias de algun concurrente se permite por una sola vez y despues de muchas instancias, un rato de monte. Este rato se prolonga mucho mas de lo que se creyó al principio, y ya está hecho el daño, y abierto el camino á uno de los mayores azotes que pueden sobrevenir á una familia. Un solo hecho de esta especie, basta para contraer una aficion, que crece con los años, nunca se extingue, y que conduce al crimen, á la ignorancia, á la pérdida del reposo, y á un fin trágico y deplorable. Si se hubiera tratado de inventar el medio mas eficaz de despojar á la muger de sus gracias naturales, no hubiera podido hallarse uno mas á propósito que el juego. La muger que le cobra aficion, está en un frenesí habitual, en la mas ansiosa inquietud, en un anhelo continuo que la priva para siempre de la aptitud de ocupaciones se-

rias y útiles. Ni siquiera le queda el derecho de exigir las consideraciones y preferencias que se tributan en toda sociedad á las señoras, porque el juego requiere una completa igualdad, y los jugadores de profesion la miran como su víctima si pierde, como su enemiga si gana, y en todos casos como su cómplice. Cuando esta perversa propension se ha hecho dominante, no sé como se pueda oponer á la inmoralidad y al desórden, ni creo que puede haber sombra de estabilidad en las relaciones públicas y privadas. Las inclinaciones mas depravadas, el embrutecimiento, la chocarrería, las libertades mas groseras é indecentes, deben ser y siempre son las compañeras inseparables del juego. La degradacion que imprime al alma, aletarga sus facultades, la condena á ejercitar su comprension en la mas despreciable de las futilidades, y dándole el convencimiento de su propia bajeza, le quita los medios y el deseo de salir de ella y de emprender la menor reforma. Se me figura que este vicio es propio y el mas eficaz instrumento para ejercer sobre el hombre el mas absoluto despotismo, por que interesado este en convertir al hom-

bre en máquina, ¿puede inventarse un medio mas seguro que el que lo reduce á fijar toda su atencion en las vicisitudes del azahar, y en los movimientos de unos cartones pintados? Hablo solo con mi familia, y creo ninguno de ella es capaz de venderme por decir con franqueza mis sentimientos, y con tal seguro diré que en mi juventud, ví que el juego llegó á ser una de las horribles calamidades con que los agentes de la tiranía habian inficionado mi patria; pero esta, si no en la presente lucha, aunque mas tarde, ha de ser libre á costa de cualquiera sacrificio, y esta consideracion solo es bastante para imprimir el sello de la proscripcion y de la ignominia á un pasatiempo mas destructor que la guerra mas desoladora, y dejarnos el tiempo expedito para educar á nuestras familias y formar buenos ciudadanos que ya serán nuestros hijos, y muy particularmente las mugeres que son las encargadas de hacer las primeras impresiones á la infancia.

Así discurrió el coronel sobre el maldito juego, y seguimos hablando del estado de angustia en que estarian las señoras Langarutos, cuando al terminar la mesa

metieron á D. Rodrigo dos cartas que conducia el cartero, y vió una grande que venia de Chihuahua y tan abultada, que su porte eran cinco reales, y la otra de Puebla por el porte de dos reales; pagó ambos, y llamándole la atencion la primera por lo abultado y por ser de un punto en donde no tenia ninguna relacion, la rompió, y con admiracion dió un grito de sorpresa: „D. Dionisio, D. Dionisio.“ Todos nos sorprendimos é interesamos en saber cuál era la suerte de aquel hombre, y el coronel apartando una carta que venia para D.<sup>a</sup> Eufrosina, otra para Pomposita, y otra para un comerciante, leyó la que á el se dirigia, y decia así.

*Señor coronel D. Rodrigo Linarte.—Chihuahua &c.—Mi muy amado hermano y mejor amigo: cuando la triste situacion á que me redujeron mis pasados desórdenes, me hicieron separar de mi casa y familia, el volver á ella, era de lo que ménos esperanza tenia: el despecho me conducia errante y sin destino, y era inevitable perderme; pero la Providencia divina que ha escuchado seguramente las oraciones de V., mi hermana y sobrinos, me preparó el remedio de mis males.*

Yo con el carácter de soltero y con el nombre de Pedro Murguía me destiné en Durango en una tienda por el mezquino sueldo de cien pesos anuales, con el que sufrí un año, y concluido me subió mi amo cincuenta pesos mas; pero habiéndole escrito un comerciante de Chihuahua que un amigo suyo necesitaba un cajero de confianza y que daría doscientos cincuenta pesos, me lo propuso, y yo que deseaba alejarme todo lo mas posible, acepté, y marché á los tres dias. Llegué á mi destino, y me encontré con que mi nuevo amo era un español solteron, viejo de sesenta años, que tenia una tienda con cosa de ocho mil pesos, una casa propia, y una haciendita que valia treinta y cinco mil; pero me enfié cuando oí que se llamaba D. Ambrosio de Langaruto; sin embargo, resuelto á ocultar mi nombre, comencé mis trabajos como hombre que no desconoce los negocios, de que resultó que á pocos meses me dijera mi amo: „D. Pedro, yo estoy viejo, no tengo aquí pariente alguno que vea por mí, y V. ha simpatizado conmigo, á mas que le veo amor al trabajo; desde hoy se encarga V. del cuidado y administracion de todos mis intereses, véame V. como un amigo, que yo quiero serlo de V. y no le ha de pesar.” Yo le ofrecí cuanto

me exigia, y desde entónces comencé á manejarlo todo con la exactitud y fidelidad que debia. En las conversaciones familiares que despues tuvimos, descubrí que mi amo era hermano menor de mi padre, que vinieron juntos de España, y que por una riña que tuvieron, se separaron; mi padre quedó en esa ciudad, y D. Ambrosio se vino á esta, sin que jamas volvieran á comunicarse de ningun modo.—Conciba V. cómo quedaria con tal noticia, y la incertidumbre en que entré, de si me descubria ó no; pero me resolví á lo segundo, y así me mantuve hasta ahora hace dos meses, que mirando que mi amo se agravaba de sus achaques habituales, y concibiendo alguna esperanza, me determiné á descubrirme, valiéndome de poner con disimulo encima de su papelería, mi partida de bautismo que tuve cuidado de traerme en mi fuga, para que en caso de morir, ella dijese quien yo era, y avisaran á mi familia. Tan pronto como la leyó, comenzó á gritar: Dionisio, Dionisio; y yo temblando y anegado en llanto acudí á verlo; ya lo encontré parado y que iba á buscarme; me eché á sus piés, se los besé porque veia en él la imágen de mi padre, me alzó, nos abrazamos, y cuando estuvimos desahogados, le conté mi historia. El me previno

dispusiera mandar por mi familia á toda costa, y así lo habria yo hecho si mi tio no cayera gravemente malo á los tres dias: se fué poniendo peor cada dia, hizo su testamento en que me dejó de su único y universal heredero, y murió hace mes y ocho dias.—Hice sus funerales como correspondia, lo mismo que sus honras; y determinado luego á volver al seno de mi familia, he traspasado la tienda, de lo que mandó á V. la adjunta libranza de tres mil pesos que me hará favor de poner en manos de mi Eufrosina, para que ella y mi hija lo reciban como una prueba de mi amor, y de la mejora de nuestra suerte.—Solo aguardo á que me den el valor de la casa y hacienda en el mes que he dado de plazo, é inmediatamente salgo para esa, en donde tendré el gusto de acabar de pagar á mis acreedores, y de abrazar á V., á mi hermana y sobrinos, y manifestarles de mil modos mi reconocimiento y cariño; y entretanto mande V. como guste á su apasionado y agradecido hermano que ansía por verlo y atento b. s. m.

*Dionisio Langaruto.*

Todos nos llenamos de alegría, y mi tutor me mandó que inmediatamente lo llevase á casa de D.<sup>a</sup> Eufrosina y Pompo-

sita, á quienes encontramos llorando porque no tenian ya esperanzas algunas para remediar sus necesidades: luego que vieron á D. Rodrigo, procuraron disimular su estado lo mejor posible, y despues de saludarle entre humillacion y orgullo, que disimuló el coronel, les dijo que ya estaba instruido de la situacion en que se hallaban, y que para ellas era conductor de un gran consuelo que les enviaba la Providencia, como lo verian por las cartas que les entregaba, así como les entregaria al dia siguiente tres mil pesos que esperaba le darian de la libranza, porque era para buena casa.

En el momento que leyeron sus cartas comenzaron las alaracas y privaciones &c. se les auxilió con lo necesario, y dejándoles mi tutor veinte pesos, nos retiramos despues de recibir muchos agradecimientos y abrazos. Al dia siguiente se cobró la libranza, y yo fuí comisionado para entregarles el dinero, que recibieron con quanto gusto se puede imaginar, é inmediatamente mandaron por un coche y me estrecharon á que las acompañase, metiendo al coche dos mil pesos. Yo les preguntaba que qué iban á hacer, que era menes-

ter meditar cualquiera cosa, y se fueran con tiento en gastar, porque no sabíamos si la Providencia dispondría que fuera el último socorro. A todo contestaron con que siendo otra vez ricas, no les correspondía la casa que tenían, ni todo lo demás, y marchamos previniendo ellas al cochero fuera andar por las calles principales, y que donde viera cédulas de casa vacía allí parase. Por mas que yo les decia en el camino, nada bastó á disuadirlas, ántes me dijeron que era un necio, que había formádome por las ranciedades de mi tutor á quien le atribuían ser un miserable. Quise distinguirles la miseria y mezquindad, de la economía que usaba mi tutor, que justamente huía de la prodigalidad y despilfarro. Todo lo escuchaban como quien oye llover y no tiene á que salir, y en estas y las otras paró el coche en la calle de Vergara, y entramos á una casa que estaba de traspaso, porque la familia que la ocupaba se iba fuera, por cuya razon tambien vendian algunos muebles de lujo. En dos por tres, aquellas cabezas volcánicas ajustaron el traspaso de la casa en cuatrocientos pesos, y en ochocientos los muebles; y me encargaron hi-

ciese al cochero subir el dinero: de él se pagó le tratado, se recogió recibo, se convinieron que al dia siguiente recogian todo, y hasta el portero de la misma casa quedó ajustado de cuenta de las Langarutos, y nos volvimos al coche con los ochocientos pesos restantes que se quedaron dentro de hora y media en distintos cajones de ropa, de que fué el coche bien habilitado.

Tal principio tuvo la nueva fortuna de aquella familia. Al otro dia fueron á recibir la casa y se mudaron en el momento; mandaron imprimir papetetas, y las repartieron á todas las personas particulares de sus antiguas relaciones y amistades. De que resultó que el síndico del concurso de D. Dionisio, tan luego como supo todo esto, solicitó se embargase lo que tenía la familia, y fueron al efecto á la calle de Vergara. D.<sup>a</sup> Eufrosina queriendo ó no, mandó llamar á mi tutor, quien fué á ver al síndico, y manifestándole la carta del deudor, le persuadió que dentro de poco estaria aquí y pagaria lo que restaba, pues que no le habia olvidado. Con esto se contuvo el embargo, y como este servicio del coronel obligaba las conside-

raciones de Eufrosina y Pomposita, esa tarde mandaron por un coche y fueron á visitarlos lo mismo que á Pudenciana y su marido. En ambas casas recibieron los mejores consejos para su posterior conducta; mas era lo ménos en que ellas fijaban la atencion. Al siguiente dia mi tutor, D.<sup>a</sup> Matilde, D. Modesto y Pudenciana fueron á pagar la visita, aunque con repugnancia del primero; pero vencíéndose porque D. Dionisio no los encontrase desavenidos, y entendiése todo lo ocurrido con su familia, pues que esto seria un gran pesar para un pobre hombre que venia de nuevo á comenzar su vida despues de algunos padecimientos. Con aquella visita quedaron ya corrientes en su amistad.

Al mes y medio llegó D. Dionisio Langaruto, parando en la casa de mi tutor, de donde pasó á la de Pudenciana y rogó que lo acompañásemos todos á la suya, y montando en el mismo coche de camino en el que él habia venido solo, obsequiamos su voluntad. Pomposita que estaba en el balcon, luego que vió parar el coche, gritó á su mamá, y ambas bajaron hasta el patio donde ya nos encontraron. Madre é hija sin hablar palabra y baña-

das en llanto, se abrazaron de D. Dionisio que quedó echo una estatua, y sus ojos rompieron en deliciosas lágrimas, gozando todos la mas placentera felicidad en aquel momento, que creian el mas dichoso de su vida. Mi tutor, su esposa, D. Modesto y Pudenciana con los ojos humedecidos y con la ternura que inspiraba la escena, los hicieron caminar y subir á la sala, donde poco á poco fueron respirando, y repitieron los abrazos y las mejores palabras de amor y sensibilidad. Los criados que traia D. Dionisio, tan pronto como descargaron el coche, de cuya comision me encargué, y que colocaron este y las mulas en su lugar, subieron á ofrecerse á sus amas, á quienes los recomendó Langaruto diciendo que habian muchos años servido á su tio con fidelidad, y reconocido se los habia traído en su compañía.

Comimos allí aquel dia, y nos retiramos hasta las nueve de la noche con repeticiones de abrazos, lágrimas y ofertas. Al dia siguiente á la hora de almorzar, llegó D. Dionisio, y á poco avisaron que estaban allí sus criados con unos caballos, y al momento nos suplicó bajásemos á ver-

los, y ya en el patio dijo el coronel que no creeria que lo amaba como hermauo y amigo, si no recibia aquella pequeña demostracion de su voluntad y reconocimiento; que un caballo retinto que allí estaba era para mi tutor, y el tordillo retinto para D. Modesto, un rosillo para D.<sup>a</sup> Matilde, un colorado saino para Pudenciana, y un moro para mí. Todos resistimos lo posible este obsequio, aunque á mí se me iban los ojos tras el moro que era de la mejor estampa, aunque parecia inferior entre los cinco, y por último á las instancias, los recibimos dando muy expresivas gracias.

Subimos á almorzar, para lo que se convidó á Pudenciana y su marido, y en la mesa contó cuanto le habia pasado desde que se separó de su casa, y concluyó dando gracias á Dios por todo, y diciendo: „La experiencia me ha dado á conocer cuanto mal me manejé en la primera época de mi fortuna, y hoy estoy resuelto á llevar nueva conducta segun me lo aconsejó y encargó en los últimos momentos de su vida mi tio y bienhechor; pero para celebrar mi nueva fortuna, quiero tengamos un dia de campo, entre los de nuestra familia, y al que no concurrirán mas

extraños, que dos amigos de toda confianza. Hoy mismo he pasado á ver al síndico del concurso de mis bienes, y mirando la cuenta que tiene bien formada, ví que entre lo que se adeudaba á los acreedores, y lo que se ha pagado de costas, debia yo once mil y pico de pesos que en el acto le pagué en buenas libranzas, que aceptó luego á presencia del escribano que fué á dar cuenta de todo al juez, para que dé por concluido el concurso, y se archive segun pedimos en un escrito el síndico y yo.” Todos lo felicitamos por su ventura, y quedamos de asistir al dia de campo, que tuvimos en una casa de la Orilla, con mucho placer, pues vimos que D. Dionisio era completamente otro hombre.

En la semana siguiente á su llegada, traspasó D. Dionisio una tienda de ropa en el Parian, cerca de una que ya tenia D. Modesto con buen capital á que habia subido por su continuo afan, cuidado y economía de Pudenciana, que no olvidando las lecciones de su padre y ejemplo de Matilde, hacia la felicidad de su marido, al mismo tiempo que cuidaba atentamente de la educacion de dos niños y una niña que ya tenian, y cuyas primeras im-

presiones estaba haciendo por sí, decidida á no mandarlos á las amigas á donde mas bien van á corromperse los niños que á aprender, porque las maestras no son capaces de nada, y todo se les va en regañar, gritar, arremedar, coscorronear, azotar, y nada de enseñar, porque ó á ellas no las enseñaron, ó no tienen genio, método ni empeño para el lleno de sus deberes.

Abierto el cajon de D. Dionisio, que ya si bien trataba con amor á su familia, no la permitia los anteriores despilfarros, presentaba las mejores esperanzas; pero fué el caso, que allí mismo no faltaron imprudentes que só color de amistad, le fueron imponiendo de la conducta toda que durante su ausencia observaron su muger é hija, lo que no dejó de desazonarlo, é indisponiéndose mas por las impertinentes solicitudes de una y otra, que anhelaban por sus antiguas tertulias, teatro, &c. &c., á los tres meses de venido, por un baile que emprendieron ellas, y á que no quiso acceder, riñeron marido y muger de tal modo, y dijo ella tantos insultos á él, que le ocasionó una gran cólera, se le derramó la bilis, y en seguida le dió una fiebre

que se le agravó en momentos. Siete dias estuvo en una terrible incertidumbre con la mayor asistencia de D.<sup>a</sup> Matilde y Pudenciana que acudieron á ese efecto, y para el que ayudó nuestra Quijotita, como una hija que ya conocia cuanta falta le hacia su padre. No así Eufrosina que en los primeros dias apénas entró alguna vez á la recámara, y no cuidó de verle mas. Estaba sentada con una aparente melancolía; pero jamas le vieron échar una lágrima: se le dijo que su marido daba señales de conocimiento, y se determinó á verle: le dijo dos palabras, salióse luego dando algunos suspiros, y nada mas. El coronel aprovechando los momentos, hizo llamar un escribano, y D. Dionisio hizo su testamento, en que nombraba de heredera á su hija: mandó que el quinto de sus bienes se emplease en misas por su alma y la de su tio y bienhechor D. Ambrosio Langaruto; y aunque mi tutor lo resistió bastante, quedó nombrado albacea con el mayor sentimiento suyo, de su familia y mio, porque veiamos las incomodidades que esto le traeria.

Finalmente, D. Dionisio volvió á agravarse, y despues de sacramentado, rodea-

do de sus amigos, parientes é hija, espiró. La ingrata Eufrosina no pasó de la pieza inmediata; y mas fué engaño que verdadero dolor, alguna lágrima que salió de sus ojos: asistió con entereza á todo cuanto pudo ocurrir para los funerales, y luego que estuvo enterrado, se dedicó con el mayor escrúpulo á cuanto podia constituir mas culto y perfecto su duelo. Toda la conducta de esa vil muger estaba demostrando que nunca tuvo á su marido mas que un amor interesado, que el gusto de su regreso fué porque esperaba volver con desahogo á su antigua vida, y que como esto se le alejó porque el colmo de la desgracia habia hecho cuerdo á su marido, le aborreció, y acaso deseó su muerte para gozar á sus anchuras de aquel caudal.

Concurrieron á dar el pésame los parientes y amigos: y á la verdad, que al principio cada uno procuraba expresarse con tiento para no renovar una herida tan dolorosa; pero quedaban sorprendidos al ver la indiferencia de la viuda, y que ella misma suministraba argumentos consolatorios. *Me consuelo*, decia, *que aun no soy muy vieja*. No tenia mas que cincuenta y un años. De allí á poco decia: *Me con-*

*suela que quedo con alguna cosa en el mundo*. Despues de algun momento añadia: *Me consuelo con tener algunos parientes y amigos*. No mucho despues replicaba: *Me consuela que no tengo mas de una hija ya grande, y no fea ni sin gracias*. Luego sucesivamente: *Me consuela que no tengo que estar sujeta á voluntad ajená; soy libre y sin sujecion, podré hacer lo que quiera*.

En suma, ella por sí misma andaba buscando y eligiendo motivos de consuelo, sin que alguno se fatigase en enjugar sus lágrimas, pues no derramó alguna: su amor era un amor interesado. Las mugeres de esta clase por su comodidad aman al marido. Cuando llegan á perderle, lloran su pérdida propia, sobre la que reflexionan; pero no la pérdida de un fiel compañero. Esto sucedió á Eufrosina: la pérdida del marido no le quitó las comodidades y abundancias, ántes bien se las aumentó, porque quedaba absoluta é independiente; y por lo mismo en su imaginacion no halló motivo de llorar y de lamentarse. Y así dijo con bastante energía una de sus amigas que fué á visitarla. *Esta señora tiene tantos consuelos, que se puede decir parece ha logrado muchas satisfacciones*.

No se conducía así nuestra Quijotita, que aunque malamente educada, tenía una alma algo sensible, y no las tenía muy cabales cuando recordaba todo lo que le pasó en la ausencia de su padre. Ella huyendo de la concurrencia, se iba á alguna pieza apartada á llorar con D.<sup>a</sup> Matilde y Pudenciana que estuvieron allí los nueve dias del duelo, lo mismo que mi tutor y D. Modesto que solo salían á cosas precisas, y volvían á la casa mortuoria, mientras yo solo iba á ratos y volvía á cuidar de las otras dos casas que me habian encargado.

## CAPITULO XII.

*El coronel cumple pronta y fielmente su encargo de albacea. Eufrosina y Quijotita continúan sus desbaratos. Pudenciana y su marido con esta constante buena conducta van progresando. El coronel cuenta la historia de una viuda.*

Luego que pasaron los nueve dias del duelo de D. Dionisio, mi tutor consultó con Eufrosina y Pomposita si querían que los inventarios fuesen extrajudiciales, ya porque entre dos solo interesadas y de su clase no debían esperarse diferencias, y

ya para economizar el enorme gasto de las costas que importarian un dineral, pues siempre los primeros herederos del que muere, son el juez, el asesor, el escribano y todos los arlequines de estos, que aparentando á los herederos el sentimiento de su desgracia, procuran alargar los dias, comen en ellos medio lado, y luego el tasador de costas, interesado en el tanto por ciento del importe de ellas las hace subir inmensamente. Algo resistieron la viuda é hija esa opinion, porque querían las muy necias entrar en relaciones con esas gentes, y que viera el mundo que todo se hacia con lujo y ostentacion; pero por último cedieron á las prudentes persuasiones del coronel, que inmediatamente pasó á ver á un abogado que conocia de juicio, é hizo y presentó un escrito al alcalde ordinario de primer voto, pidiéndole licencia para hacer los inventarios extrajudicialmente, que se notificase á Pomposita nombrara curador ad litem porque solo tenía veinte y tres años larguitos de edad, y que hecho por ella este nombramiento, se sirviera discernirlo en forma, previa la fianza de la ley. El juez proveyó como lo pide, y notificada Pomposita, salió